

CONMOCIÓN, CONMEMORACIÓN, OLVIDO. LA MEMORIA DE LOS DIFUNTOS DURANTE LA PANDEMIA DE LA COVID-19

JORDI MORERAS

Universitat Rovira i Virgili

jordi.moreras@urv.cat

RESUMEN. Todas las muertes provocadas por una causa extraordinaria (si es que tiene sentido hablar de muertes naturales) generan un impacto en la sociedad, cuya magnitud se explica por lo sucedido o por el elevado número de defunciones. Recurriendo a la idea de *muerte colectiva*, concepto desarrollado por Gaëlle Clavandier (y que tiene presente no solo la conmoción que provocan estas situaciones extraordinarias, sino aquellas fases que a continuación son elaboradas por las sociedades: homenajear a sus difuntos, como forma de iniciar el tránsito hacia la superación de lo sucedido), analizaré algunas de las ceremonias de conmemoración que fueron organizadas en diferentes localidades españolas, como tributo a los fallecidos por la covid-19, tras la declaración de luto oficial decretado por el Gobierno español el 26 de mayo de 2020. El análisis de estos actos conmemorativos debe destacar su dimensión performativa, tal como sugiere Paul Connerton, pero al mismo tiempo sugiero que este proceso de apropiación institucional de la memoria de lo sucedido puede interpretarse como un ejercicio para superar esos duelos sociales e iniciar el

proceso hacia la progresiva superación y olvido de la tragedia social vivida. La clásica reflexión de Maurice Halbwachs, según la cual la sociedad tiende a eliminar de su memoria todo lo que pueda separar a los individuos, parece muy pertinente para comprender la organización de estas ceremonias.

PALABRAS CLAVE: muerte colectiva, memoria, duelo, ceremonias, olvido.

SHOCK, COMMEMORATION, OBLIVION. THE MEMORY OF THE DECEASED DURING THE COVID-19 PANDEMIC

ABSTRACT. All deaths caused by an extraordinary cause (if it makes sense to speak of natural deaths) generate an impact on society, the magnitude of which can be explained by the events or by the high number of deaths. Drawing on the idea of collective death, a concept developed by Gaëlle Clavandier (and which takes into account not only the shock caused by these extraordinary situations but also those phases that are then entered into by societies to pay tribute to their deceased, as a way of initiating the transition towards overcoming what has happened), I will analyse some of the commemoration ceremonies that were organized in various Spanish localities, as a tribute to those who died as a result of Covid-19, following the declaration of official mourning by the Spanish government on 26 May 2020. The analysis of these commemorative acts must highlight their performative dimension, as Paul Connerton suggested, but at the same time, I suggest that this process of institutional appropriation of the memory of what happened can be interpreted as an exercise to overcome these social mourning events and begin the process of progressively overcoming and forgetting the social tragedy experienced. Maurice Halbwachs' classic reflection that society tends to eliminate from its memory everything that can separate individuals seems very relevant to understanding the organization of these ceremonies.

KEYWORDS: collective death, memory, mourning, ceremonies, oblivion.

1. Introducción

Durante los primeros meses de la pandemia provocada por el SARS-CoV-2, y ante la ausencia de imágenes gráficas que describieran lo que estaba sucediendo, las opiniones públicas mundiales comenzaron a tomar conciencia de la situación de excepcionalidad, en parte gracias al texto de las esquelas, necrológicas y obituarios que ocuparon las páginas de la prensa. Son recordadas aquellas once páginas de esquelas que fueron publicadas por el *Eco di Bergamo* el 13 de marzo de 2020, o la portada del *The New York Times* del 24 de mayo de 2020, bajo el título «US Deaths near 100.000. An Incalculable Loss». Los periódicos españoles también tuvieron que reservar páginas para incluir los obituarios, primero de personajes públicos que iban falleciendo, y posteriormente de otros difuntos que fueron rescatados del anonimato¹. Las cadenas de televisión, tanto públicas como privadas, también se unieron a este reconocimiento de los difuntos que figuraban en las estadísticas diarias de fallecidos². Mientras, profesionales del fotoperiodismo criticaban el «apagón informativo» ante la falta de imágenes que sirvieran para describir lo que estaba pasando, denunciando las dificultades que encontraban para tomar imágenes en hospitales, residencias de ancianos y morgues improvisadas³.

1 Como ejemplo, véase *La Vanguardia* («Los nombres que debemos recordar»): <<https://www.lavanguardia.com/vida/20200528/481431370911/nombres-que-debemos-recordar-victimas-covid-19.html>> (consulta: 31-5-2020).

2 Véase la iniciativa de Radio Televisión Española, *Memorial del coronavirus: despedidas por una pandemia* (<<https://lab.rtve.es/lab/memorial-coronavirus/>>), o la del grupo Atresmedia, *En nuestro pensamiento* (<https://www.antena3.com/noticias/sociedad/atresmedia-se-suma-al-homenaje-a-las-victimas-del-coronavirus-con-una-flor-en-todas-las-emisiones_202005265ecd72b4d84feao0014fe4bo.html>) ambas consultadas el 31 de mayo de 2020.

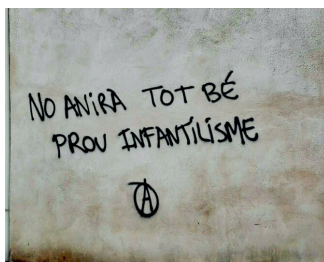
3 Los fotoperiodistas Ricardo García Vilanova y Gervasio Sánchez, en el prólogo del libro colectivo *Pandemia. Miradas de una tragedia* (2021), criticaban que «algunos representantes políticos han justificado la censura en aras de proteger “el derecho a la dignidad y la intimidad” de las víctimas de la pandemia mientras exigían la resignación y la sumisión de los medios de comunicación al guion oficial. [...] [Ello] ha fortalecido una cinica doble moral por la que se nos permite ignorar a nuestros muertos mientras aceptamos sin rechistar los que se producen en otras catástrofes y en otros lugares» (p. 13). Sobre este debate en torno a las imágenes, véanse también los textos de Rebeca Pardo en *The Conversation*: «Las imágenes de la cuarentena. ¿Es correcto invisibilizar el drama?» (27 de abril de 2020) (<<https://theconversation.com/las-imagenes-de-la-cuarentena-es-correcto-invisibilizar-el-drama-137210>>) y «¿Qué imágenes formaran parte de la memoria del covid-19?» (15 de julio de 2020) (<<https://theconversation.com/que-imagenes-formaran-parte-de-la-memoria-de-la-covid-19-141673>>), ambos consultados el 10 de mayo de 2021.

El impacto de esa tragedia continuada hizo mella en una sociedad ya modelada por lo que Eva Illouz (2014) había denominado «capitalismo emocional», en tanto que sistema para crear estándares útiles que racionalizaran emociones y las situaran dentro de un marco de aceptabilidad social (Soler, 2019), al que se añadía una importante dosis de sentimentalismo tóxico (Dalrymple, 2016). Es revelador que nuestra sociedad se interesara más por la emoción que es de tipo explosivo, y no por el sentimiento, que tiene un carácter mucho más duradero (Lacroix, 2005: 16). Toda esta estandarización de las emociones sociales facilitó la recepción de mensajes que apelaban a la unidad ante el infortunio («este virus lo paramos unidos»), a la esperanza («todo va a salir bien»), o directamente a la ñoñería (recuperando la vieja melodía del Dúo Dinámico «Resistiré»), y que pudieron ser expresadas a través del confinado homenaje diario al esfuerzo llevado a cabo por los profesionales sanitarios y de emergencias (*ver fotos 1 y 2*).

Fotos 1 y 2. Pancartas y pintadas en la calle.



Pancarta en la sede del distrito de Sants-Montjuïc (Barcelona) (23-2-2022).



Pintada en el barrio de Sant Andreu (Barcelona) (16-8-2020).

En un primer momento, todo estaba destinado a expresar la conmoción respecto a lo que estaba sucediendo, y la recepción de las primeras decisiones políticas adoptadas, que supondrían el confinamiento domiciliario de la mayoría de la población. Se dijo que esa era la forma más efectiva de vencer la curva de crecimiento del número de contagios y fallecimientos, por lo que los mensajes que transmitieron las Administraciones públicas combinaron los mensajes que apelaban a la responsabi-

lidad de los ciudadanos ante la pandemia⁴ con los mensajes positivos de cara a preparar a la sociedad ante la «nueva normalidad» que apuntaba en un horizonte que parecía cercano, pero que realmente no resultó ser así⁵. De nuevo, los poderes públicos realizaron una explícita apelación a la resiliencia social de la ciudadanía, un recurso habitual ante una situación excepcional de crisis generalizada, de desastres naturales, o ante atentados terroristas. Quizá sea bueno recordar, antes de que el olvido haga sus estragos, que, durante los primeros meses de la pandemia, y en pleno estado de alarma, el campo semántico militar se impuso en la información sobre la emergencia sanitaria⁶. Esa apelación para luchar unidos contra un enemigo invisible tanto podría actuar como un elemento de movilización colectiva ante el peligro como, al mismo tiempo, nos emplazaba a reconocernos todos como potenciales víctimas del coronavirus. Apelar al miedo, tal como decía Jean Delumeau, es un mecanismo de control y contención social muy presente en la historia occidental. En definitiva, la conmoción colectiva solo puede ser compartida a partir del momento en que todos nos sintamos afectados por igual.

Del estado de alerta firmado por el Gobierno de España el 14 de marzo de 2020 (RD 463/2020, de 14 de marzo), y sus sucesivas prórrogas, que limitaron la movilidad y restringieron todas las actividades sociales que pudiesen generar nuevos focos de transmisión del coronavirus, se pasó en apenas cuatro meses a decretar el luto oficial, que fue establecido entre el 27 de mayo y el 6 de junio de 2020, y, finalmente, a celebrar la ceremonia

4 Véase la campaña del Ministerio de Sanidad con el lema #EsteVirusLoParamosUnidos, y con un vídeo que estuvo muy presente en todos los canales de televisión durante las primeras semanas tras decretarse el confinamiento (<https://youtu.be/b6Fgddtx6aw>). El mensaje de restringir la movilidad y el contacto social y la recomendación de quedarse en casa también fueron replicados en el mundo de la publicidad. Véase «¿Las marcas utilizan el coronavirus para hacer publicidad?»: <https://einatec.com/marcas-utilizan-coronavirus-publicidad/> (consulta: 31-5-2020).

5 Véase la campaña del Ayuntamiento de Barcelona («Barcelona tiene poder»), recuperando un viejo eslogan de tiempos de la Olimpiada de 1992, o de nuevo, el Ministerio de Sanidad, con la nueva campaña pensada para el tiempo de la desescalada del estado de alerta (#SalimosMásFuertes), con mensajes que preparaban a la ciudadanía con respecto al anhelado retorno a la normalidad. Ambos vídeos fueron consultados el 31 de mayo de 2020.

6 No fueron muy afortunadas las declaraciones del general Miguel Ángel Villarroya, jefe de Estado Mayor de la Defensa: «[...] en esta guerra irregular y rara que nos ha tocado vivir, en la que nos ha tocado luchar, todos somos soldados» (20 de marzo de 2020). Véase «Mensajes de uniforme contra el virus», *La Vanguardia*, 18 de abril de 2020: <<https://www.lavanguardia.com/economia/20200418/48578324853/covid-mensajes-uniforme-militares.html>> (consulta: 15-5-2020).

oficial de homenaje a los fallecidos durante la pandemia el 16 de julio en el Palacio Real de Madrid, además de otros actos de recuerdo que fueron organizados por Gobiernos autonómicos y locales. Los fallecidos pasaron a ser considerados como víctimas, lo que suponía situarlos al mismo nivel de aquellos que hubieran encontrado la muerte de una manera trágica. Es muy significativo el texto del preámbulo del decreto que establece el luto oficial:

[...] porque es bueno que la sociedad que trabaja junta por el bien común pueda manifestar también junta su dolor, porque es digno consolidar los vínculos sociales con un duelo colectivo y unitario en recuerdo de todas las víctimas provocadas por la violencia, el terror, las catástrofes o la enfermedad (*Boletín Oficial del Estado*, 27 de mayo de 2020).

En aquel entonces, sorprendió esta voluntad de los poderes públicos por querer llevar a cabo estos homenajes en un momento en que la pandemia estaba lejos de estar controlada. Con la perspectiva temporal actual, se hace patente que tales ceremonias de duelo público estuvieron marcadas por la premura de querer acelerar el cierre de una situación de excepcionalidad, que aún estaba lejos de remitir⁷.

El objetivo de este texto es analizar estas ceremonias de duelo público, e interpretar las diferentes simbologías y referencias que fueron articuladas, como forma de entender la premura con que fueron convocadas, así como los memoriales que fueron erigidos en el espacio público en recuerdo a las víctimas. La idea de base que alberga este análisis de unas ceremonias efímeras y de unos monumentos que parecen resistir mal el paso del tiempo es contribuir a la tarea de recopilación e inventario de lo sucedido durante la pandemia, tal como procuraron hacer diferentes colectivos de fotógrafos, como la iniciativa del Archivo Covid (archivocovid.com) con el apoyo de la Universidad de Alcalá, o la publicación *Pandemia. Miradas de una tragedia* (Blume, 2021) que cuenta con las aportaciones de 26 fotografías y fotógrafos latinoamericanos y españoles, o seguir la estela

7 Según la evolución de la curva epidémica, el 16 de julio de 2020 se contabilizaron 2.093 nuevos contagios, situándose al inicio de la segunda ola, que conduciría a su punto más álgido a finales de octubre, con más de 23.000 contagios diarios. Fuente: Centro Nacional de Epidemiología (<<https://cneocovid.isciii.es/>>); consulta: 22-2-2022.

de proyectos como los que desarrollan Laia Colomer y Edwin Schmitt, bajo el título «Coping with the Pandemic: Exploring COVID-19 Memorials around the World»⁸ (Schmitt-Colomer, 2021; Colomer-Schmitt, 2021). Este texto desarrolla las ideas esbozadas en una publicación anterior compartida con mi colega y amigo David Moral (Morera y Moral, 2020), y profundiza en el análisis empírico de una serie de conmemoraciones vinculadas con los difuntos del coronavirus en España.

2. De la soledad de los difuntos a los «duelos suspendidos»

Este tipo de ceremonias de conmemoración de los difuntos (que en otro texto colectivo hemos denominado «expresiones performativas del duelo», puesto que se proyectan en el espacio público, superando esa supuesta dimensión de recogimiento íntimo o familiar que acompaña todo duelo, y contienen una cuidada escenografía con una finalidad política: Morera *et alii*, 2021), constituyen una más de las diferentes acciones llevadas a cabo por instituciones políticas durante la pandemia, y que también estuvieron marcadas por las quejas de la ciudadanía por la arbitrariedad de las decisiones adoptadas ante los cambiantes escenarios que se iban sucediendo. Lo primero que querían conseguir estas expresiones de duelo público era escenificar la unión frente la adversidad, apelando a una cuestión que convocase una amplia unanimidad. Y esta sería la muerte colectiva.

Cuando, a pesar de las medidas preventivas y sanitarias adoptadas, la muerte se situó en el centro de la *polis* (en expresión de Manuel Arias Maldonado, 2020), en un episodio de cercanía con respecto a la muerte que era desconocido desde hacía décadas, parecía necesario articular algún mecanismo para volver a situar a la muerte «detrás de las bambalinas de la vida social», como en su momento argumentó Norbert Elias (1987), pues esta era la manera que habían articulado las sociedades contemporáneas durante las últimas décadas.

8 Más información en Laia Colomer-Edwin Schmitt, «Mapping people's response to COVID19», conferencia presentada en el seminario *Critical Heritage and Place Consumption*, University of Lincoln (Reino Unido), 2021: <<https://www.youtube.com/watch?v=hqcXSwc5HAg&t=19s>> (consulta: 6-3-2022).

El clásico texto de Elias ha adquirido una inusitada contemporaneidad. La ocultación del hecho de morir es expresada en nuestras sociedades mediante el aislamiento precoz de los moribundos (es decir, todos aquellos que, por edad o enfermedad, se prevé que morirán en breve plazo), que serían relegados a una serie de ámbitos discretos —aunque funcionales—, a fin de evitar que «la muerte de los otros se presente como un signo premonitorio de la propia muerte» (Elias, 1987: 31). En las sociedades más desarrolladas, «el proceso de morir se aísla de la vida social normal en un mayor grado que anteriormente» (*ibid.*: 139). La tragedia vivida durante la pandemia en muchas residencias sociosanitarias de ancianos y personas dependientes es la triste evidencia del abandono y la soledad a la que se refería Elias.

La pandemia también dejó en soledad a muchos difuntos. Muchos de ellos murieron en hospitales sin la compañía de sus seres queridos. Al imponer el estado de alarma, se suspendieron tanto los velatorios como las ceremonias fúnebres. El Ministerio de Salud, mediante la Orden SND/298/2020, del 29 de marzo, prohibía los velatorios, posponía las ceremonias fúnebres y limitaba a tres personas la participación en los rituales funerarios de la persona fallecida. A la soledad que padecieron los moribundos, se le unieron la angustia y el dolor de sus familiares, que no pudieron despedirse de ellos, y todo sin la mediación de ceremonia funeraria alguna⁹.

La producción académica ya ha comenzado a analizar los efectos de la imposibilidad de llevar a cabo tales actos sociales de despedida (Pentaris, 2021), mostrando la muerte en tiempos de la covid-19 como epítome de una «mala muerte» (Simpson *et alii*, 2021), sugiriendo una escala de medida de lo que se considera un duelo disfuncional (Lee-Neimeyer, 2022), o planteando la necesidad de una «educación sobre la muerte», como forma de mejorar el final de la vida de los moribundos y el duelo de los allegados (McAfee-Jordan *et alii*, 2022). En otro texto, hemos sugerido plantear la noción de «duelos suspendidos» ante la ausencia de ritualidades funerarias (Moral *et alii*, 2020), que se inspira relativamente en el

9 Rubén Sánchez Medero, «No hay luto en los tiempos de Covid -19», *The Conversation*, 7 de abril de 2020: <<https://theconversation.com/no-hay-luto-en-los-tiempos-de-covid-19-135418>> (consulta: 31-5-2020).

concepto de «duelo desprotegido» (*disenfranchised grief*), que fue propuesto por Kenneth J. Doka (1989) en cuanto que proceso en el que se siente que la pérdida no es «abiertamente reconocida, socialmente validada o públicamente lamentada». La ausencia de rituales funerarios incrementó el dolor de la pérdida, en un contexto de progresiva delegación de las atenciones funerarias a empresas especializadas (Boisson, 2020), y que la pandemia puso a prueba (Trompette y Potier, 2020; Moreras, en prensa).

3. La muerte colectiva

Toda muerte es en sí misma una tragedia, y puede ser vivida como una tragedia social de acuerdo con las circunstancias en que esta se ha producido. Sobrecoge la muerte de niños y jóvenes, porque damos por hecho que la muerte es una cuestión de edad, y porque entendemos que, en su caso, parece haberse adelantado al momento de la vejez o del deterioro físico por una enfermedad. Cuando la muerte adquiere dimensiones de excepcionalidad, por la causa que la provoca o por el número de personas que fallecen, es cuando cobra sentido hablar de «muerte colectiva». La socióloga francesa Gaëlle Clavandier (2004) ha desarrollado esta noción sobre el análisis de diferentes situaciones sociales trágicas, en las que no solo se tiene en cuenta el número de defunciones (la idea de «muerte en masa»), sino también la manera en que esta se ha producido, y el impacto social que ha provocado. Antes de que la guerra moderna convirtiera a las poblaciones civiles en objetivo de las acciones militares, los soldados que fallecían en combate impactaban sobre la conciencia de las sociedades que se situaban en retaguardia. Se lloraba el (inútil) sacrificio de gran número de jóvenes y adultos, se oficiaban patrióticos actos de recuerdo a los difuntos y se erigían monumentos, pero ni sus familiares ni aquellos que deberían sucederles generacionalmente se sentían amenazados. Todo ello ha cambiado, pues la guerra no tiene frentes, sino que se mantiene a lo largo de todo un territorio, tal como demuestran los casos de Siria, Yemen y Ucrania. En estos conflictos, como en el contexto de la pandemia, aquello que contribuye a generar mayor angustia ante la muerte colectiva es ser consciente de que todos somos potenciales víctimas.

La manera en que las sociedades responden a sus catástrofes y situaciones excepcionales es reveladora de cómo se gestionan sus efectos, ya sea destinando recursos para abordar la atención de los difuntos y sus cuerpos en un primer momento¹⁰, ya para organizar la gestión del duelo y de conmemoración colectiva de la memoria de los difuntos. Los memoriales se han convertido en una referencia ineludible para las sociedades contemporáneas, respondiendo a una exigencia moral que define el recuerdo como una virtud y el olvido como una derrota (Connerton, 2011: 33). Clavandier analiza estas respuestas de las instituciones públicas a las catástrofes, ofreciendo un marco de análisis de las conmemoraciones públicas que suceden a una conmoción social. Según esta autora, en la respuesta a estas emergencias se suceden cuatro momentos. Una primera fase de conmoción e impacto ante lo sucedido, que abruma y descoloca. La muerte colectiva tiene la suficiente potencia para provocar un desorden social, para poner en evidencia la fragilidad de la sociedad. El choque, la violencia, el impacto o el pánico son expresiones que se entremezclan en las primeras descripciones de lo sucedido. En el tratamiento mediático de primera instancia, los titulares prevalecen sobre los argumentos que se exponen en el cuerpo del texto, que no puede ser más que descriptivo de la tragedia padecida. El drama vivido por los allegados de las víctimas se combina con la urgencia de las primeras atenciones, mediante las cuales será posible hacerse una composición tentativa de lo sucedido, establecer un balance (tanto de víctimas como de daños materiales), y se puedan aventurar las primeras hipótesis respecto a sus causas.

A continuación, se desarrolla una segunda fase de racionalización en la que domina la gestión burocrática de la respuesta respecto a lo sucedido. Ello supone, en primer lugar, «nombrar oficialmente el drama»: accidente, atentado, desastre natural, etc. Para Clavandier, es fundamental integrar la catástrofe en el lenguaje de lo posible, es decir, de aquello que capacita la gestión. Porque es gracias a esta primera categorización que se ordena la respuesta de los poderes públicos. Los protocolos de respues-

¹⁰ La apropiación simbólica de los cuerpos de los difuntos por parte de las estructuras de poder ha sido una constante durante la historia, y se han dedicado numerosos esfuerzos y recursos a recuperar los cuerpos de aquellos que han fallecido lejos de la patria o en circunstancias especiales (Moreras-Solé, 2018).

ta suelen ser definidos previamente de acuerdo con una serie de categorías, en las que ubicar todas aquellas situaciones catastróficas que es preciso contemplar. De ahí la gran incertidumbre que se planteó en los primeros momentos de la pandemia, al no disponer de una capacidad de respuesta específica. La segunda obligación durante esta fase es cuantificar el efecto de la tragedia, ya sea en términos materiales, como, sobre todo, en términos de víctimas. Cuando un recuento no puede finalizarse, y se tiene que recurrir al término de *desaparecidos*, parece como si la tragedia no pueda ser definida en términos claros. Los desastres naturales lo son, además de por el destrozo que provocan, por la imposibilidad de recuperar los restos de los difuntos. Lo mismo sucede en el caso de los naufragios en alta mar. Pero en el caso de la pandemia del coronavirus, al no tratarse de un episodio concreto, la cuantificación de contagiados y fallecidos no estuvo exenta de polémica, tanto por las cifras que se iban acumulando y sucediendo en forma de series de crecimiento y descenso (que fueron denominadas «olas», aunque parecían tsunamis) como por los diferentes criterios que serían utilizados para llevar a cabo la cuantificación.

En esta segunda fase se articulan las primeras iniciativas que activan los recursos disponibles ante esta situación de excepcionalidad, proceso que no está exento de debate político y social. Lo que se discute es la capacidad y madurez de los equipos de gobierno para responder ante lo sucedido (incluso, de su incapacidad por no haber evitado la tragedia). No solo se exige una capacidad de respuesta, sino también la expresión de empatía por las víctimas. Estas no podrán ser tratadas como cualquier otro difunto, sino de acuerdo con la excepcionalidad de la tragedia vivida a ojos de la sociedad, lo que abre la puerta a su posterior homenaje público. Los discursos políticos de después de una catástrofe, según Clavandier (*ibid.*: 73), se articulan en seis momentos: la apelación a la solidaridad nacional, la determinación de las causas y los responsables, la solidaridad del Gobierno hacia las familias de las víctimas, el cumplimiento de sus promesas, la determinación para que un suceso como este no se vuelva a repetir en el futuro, y la afirmación de que la situación está bajo control para mantener el orden social y la seguridad de los ciudadanos. Algunos

de estos argumentos han sido articulados a lo largo de la crisis pandémica, mediante el uso de declaraciones públicas, comparecencias diarias ante la prensa (en las que regularmente se iba informando del avance y control de la pandemia) y campañas publicitarias (como las que han sido citadas anteriormente), con el objetivo de trasladar a la opinión pública española que la gestión de la crisis no solo estaba en marcha, sino que, además, era efectiva. Lógicamente, este terreno se encuentra abonado para la disputa política, y facilita el cruce de acusaciones con respecto a la oportunidad de las decisiones adoptadas.

La tercera fase surge como respuesta a esta cacofonía política, apelando a la necesidad de conmemorar el recuerdo de las víctimas, y aplacar de esta manera todo el ruido político y mediático que interfiere en la gestión de la tragedia. Las víctimas singulares de una situación excepcional y catastrófica merecen ser tenidas en cuenta de una manera destacada. Durante la pandemia, y como forma de diluir ese áspero debate político, se ha podido ver en los homenajes a los trabajadores esenciales o al recuerdo de las víctimas un intento por acallar, aunque de forma temporal, la suma de críticas que eran recibidas por el Gobierno central y el resto de las Administraciones públicas. El homenaje a los difuntos, según Clavandier, se convierte en un sujeto político, en el que detrás del protocolo fúnebre que quiere ser ejecutado existe un larvado proceso de aprovechamiento en clave política. La constitución de la «capilla ardiente», el lugar que agrupa a los difuntos en una misma ceremonia (como también ocurre en el caso de las figuras célebres; véase, por ejemplo, el velorio de Diego Armando Maradona en la Casa Rosada, en noviembre de 2020), supone un patrón comúnmente reproducido, y que precede al sepelio, que suele ser mucho más discreto. En ese contexto, es donde autoridades y representantes de instituciones se encuentran con los familiares de los difuntos a los que se rinde homenaje, siguiendo una cuidada escenografía marcada por la gravedad y la emoción, a pesar de que no siempre es posible evitar algunas situaciones inesperadas (recuérdese, por ejemplo, el homenaje a los soldados fallecidos en el accidente del Yak-42 en 2003¹¹).

11 Tras la polémica política que se desató ante el mal estado de la aeronave, las confusiones ante la identificación de los restos mortales, y tras asumir los errores cometidos por parte del Ministerio de Defensa después del dictamen del Consejo de Estado en 2017, no fue hasta enero de 2022 en que se

Pero, durante el tiempo de la pandemia, esos homenajes públicos incorporaron algunas importantes variaciones: por un lado, no se llevaron a cabo ante la presencia de difuntos (por lo tanto, sin «capilla ardiente»); por otro, se mezclaron en un mismo acto el homenaje a los trabajadores de sectores esenciales y el recuerdo de los difuntos, y, por último, fueron recordados todos aquellos que fallecieron durante este período, fuese o no por causa del coronavirus, pues ninguno de ellos pudo ser despedido de acuerdo con las ritualidades funerarias habituales. A pesar de tales variaciones, los actos de homenaje vendrían a jugar la función que perseguían, en cuanto que escenificación de un consenso social y político mínimo ante la tragedia vivida, y en recuerdo de las víctimas.

Tales homenajes no son más que el momento que antecede a la cuarta y definitiva fase de la gestión poscatástrofe a la que se refiere Clavandier. Esta supone la superación de la tragedia mediante la construcción de una memoria, que lleve progresivamente a su olvido. Una vez que la tragedia ha comenzado a ser gestionada (o al menos, se han llevado a cabo acciones en este sentido), su impacto, mitigado, y sus efectos, en vías de reparación, es cuando es posible hablar de «haber ganado la batalla». El uso de esta metáfora bélica sirve, según Clavandier, para enunciar que ha sido posible superar el impacto de lo sucedido, y para abrir una nueva etapa, de retorno a la vida normal, recuperando el orden que anteriormente fue alterado de manera abrupta. Es el tiempo de anunciar «los cambios positivos que se avecinan, los reajustes en el tratamiento y respeto a las víctimas y, en definitiva, el retorno a una vida percibida como normal» (*ibid.*: 120). Y todo ello sin olvidar la continua apelación a la solidaridad colectiva con respecto a las víctimas. Pero, para sellar definitivamente este retorno a la normalidad, es preciso llevar a cabo un acto que sirva de recuerdo y homenaje a las víctimas, abriendo la fase conmemorativa que permita finalizar el duelo y reintegrar la tragedia dentro de la vida normal.

inauguró oficialmente el monumento de tributo en el Parque del Oeste en Madrid. Anteriormente, en 2007 se inauguró un memorial de los 62 fallecidos en la ciudad de Zaragoza.

4. Abreviar el duelo

Todo lo que sugiere Clavandier se ajusta al conjunto de homenajes que organizaron las instituciones políticas en España en las primeras fases de la pandemia, y pueden ser considerados ejemplos evidentes de una voluntad por querer establecer un relato respecto a lo sucedido, superando las particulares experiencias de pérdida y duelo que se han producido durante la tragedia, y organizar la memoria respecto a las víctimas. Pero se intuye que también han servido para reparar la acción de los poderes políticos durante los primeros momentos de la emergencia sanitaria. Tales ceremonias conmemorativas, o en paralelo a ellas, han servido también para inaugurar algún tipo de monumento que debería servir para fijar espacial y temporalmente el recuerdo de lo sucedido, pues es en ese lugar y fecha concreta en que suelen llevarse a cabo los actos anuales de recuerdo. El proceso de elección del lugar idóneo contiene toda una serie de significados que más tarde se analizarán. Pero lo importante para destacar es que, mediante estos tres elementos (la ceremonia, el monumento y la efeméride), se posibilitan el cierre del duelo y el retorno a la normalidad, y todo aquello que supone el progresivo olvido respecto a lo sucedido.

Las tres ceremonias que analizaré se sitúan en julio de 2020. Justo el mes antes, el 7 de junio, finalizó el estado de alarma que había establecido el Gobierno español desde el 14 de marzo, y que había sido prorrogado paulatinamente. A finales de abril, se presentó el Plan de Desescalada de España, que debería conducir a una nueva normalidad que indicaría que la pandemia se encontraba bajo control¹². Es decir, las previsiones más optimistas del Gobierno planteaban un escenario de salida de la crisis, y para ello se requería escenificar su fin, acompañado del debido reconocimiento a las víctimas, y una vez finalizado el luto oficial el 7 de junio de 2020. Pero el interés político de otras instituciones por ser las primeras en homenajear a los difuntos y a los trabajadores esenciales planteó una curiosa carrera para adelantarse a la ceremonia que quería organizar el Gobierno. Por un lado, la Conferencia Episcopal Española organizó el 6 de julio de 2020 una misa funeral en la catedral de la Almudena de Ma-

¹² Véase el Plan de Desescalada de España en <<https://www.lamoncloa.gob.es/consejodeministros/Paginas/enlaces/280420-enlace-desescalada.aspx>> (consulta: 21-4-2021).

drid, presidida por el arzobispo de esta diócesis, Carlos Osoro, y con la participación de los Reyes de España (y con la destacada ausencia del presidente del Gobierno), y, por otro, la Generalitat de Cataluña organizó un acto de homenaje el 9 de julio bajo el título «De la foscor a la llum» (De la oscuridad a la luz)¹³. En el primer caso, fuentes del Gobierno establecieron una clara distinción con respecto a lo que se denominan «funerales de Estado» (en los que se celebra una misa por expresa petición de la Jefatura del Estado o de la Presidencia del Gobierno)¹⁴, negando que ese fuera el sentido de la ceremonia religiosa organizada por la Conferencia Episcopal, optando por la celebración de un «homenaje civil de Estado, una ceremonia de recordatorio y acompañamiento», sin que esta girara en torno a ninguna referencia religiosa¹⁵. En el segundo caso, el proceso de desconexión política con respecto a Cataluña podría explicar la decisión adoptada por el Gobierno autonómico. A los homenajes organizados por los Gobiernos español y catalán, añadiré la ceremonia realizada en el municipio barcelonés de Olesa de Montserrat el 19 de julio.

Es posible determinar algunos elementos estructurales que permiten analizar comparativamente estas tres celebraciones. La denominación de tales actos es significativa, no solo para definir el sentido de estos (de funeral de Estado a homenaje civil), sino también por los recursos simbólicos a los que se recurre. Por ejemplo, el título del homenaje del Gobierno catalán («De la foscor a la llum») era representado a partir de un mapa de Cataluña compuesto en un cielo estrellado (foto 3). Igualmente, la escenografía que fue diseñada para el homenaje civil en Madrid (reuniendo a unos 400 invitados en una serie de anillos concéntricos alrededor de un pebetero en la Plaza de Armas del Palacio Real) también apelaba de manera implícita a la necesaria concordia y unión a la que aspiraba esta ceremonia (foto 4)¹⁶.

13 Los creadores de esta ceremonia plagieron directamente este título de la película oficial de los IX Juegos Paralímpicos de Barcelona en 1992 (véase <<https://www.youtube.com/watch?v=pYVG3gMYR-vo&t=1438s>>; consulta: 12-4-2021).

14 Véase <<https://maldita.es/malditateexplica/20200709/acto-recuerdo-victimas-coronavirus-no-funeral-estado/>> (consulta: 12-5-2021).

15 Véase *El País*, 15-7-2020, <<https://elpais.com/espana/2020-07-15/esta-ceremonia-no-es-un-funeral.html>> (consulta: 12-5-2021).

16 Hay que tener en cuenta que esta misma escenografía se ha ido repitiendo en años posteriores: en julio de 2021, el homenaje de Estado estuvo «centrado en la esperanza», habida cuenta de la prolongada situación de emergencia sanitaria que se estaba viviendo, mientras que, en el homenaje de

Fotos 3 y 4. Homenajes en Barcelona y Madrid.



Captura de imagen (TV3, 9-7-2020).



Captura de imagen (TV1, 16-7-2020).

A pesar de la modestia que, comparativamente, presentaba el acto institucional de duelo que organizó el ayuntamiento de Olesa de Montserrat el 19 de julio, esta se vio complementada con la colocación de tres grandes cubos en el parque adyacente a la sede consistorial, en cuyas paredes laterales se invitaba a la ciudadanía a dejar su testimonio escrito en relación con los difuntos del coronavirus. Esa instalación permaneció unos diez días antes de la celebración del acto, que fue restringido a los familiares que perdieron a un ser querido durante este período inicial de la pandemia (*fotos 5 y 6*).

Fotos 5 y 6. Olesa de Montserrat (Barcelona).



Fotografías: Jordi Moreras.

2022, se reconoció el papel del personal sanitario durante la pandemia, bajo el lema «un aplauso para el recuerdo».

Después de tantas medidas para restringir cualquier acto público, estas ceremonias venían a ser las primeras que se realizaban en tiempos de pandemia, y en ellas se aplicaron estrictas medidas de seguridad basadas en la distancia física entre participantes, el uso de mascarillas, su celebración en espacios al aire libre y la limitación de aforo. La única ceremonia que permitió la presencia de familiares de las víctimas del coronavirus fue la de Olesa, que desde su austeridad pudo otorgar el protagonismo debido a aquellos que se encontraban realmente en una situación de duelo. Esto establece un primer contraste en relación con las otras dos grandes ceremonias, cuyo protagonismo fue concedido principalmente a las autoridades presentes. Mientras que en la de Madrid se ofreció la palabra al hermano de un periodista fallecido y a una enfermera, en la de Barcelona solo habló en directo el *president* de la Generalitat, Quim Torra, intercalando los testimonios de familiares, trabajadores sanitarios y escolares previamente grabados (fotos 7, 8 y 9). El protagonismo tan marcado de los representantes de las instituciones públicas en el acto de Barcelona fue criticado en las redes sociales, pues se esperaba que el reconocimiento se llevara a cabo mediante la participación de familiares de aquellos que fallecieron por coronavirus y de trabajadores sanitarios y de emergencias que habían contenido su avance. Igualmente, este acto, que fue diseñado y producido por la televisión pública de Cataluña, incluyó un amplio número de actuaciones musicales para una ceremonia de este tipo, siguiendo ese estilo ya conocido de Televisió de Catalunya, cuando produce los maratones solidarios en tiempos navideños.

Fotos 7, 8 y 9. Imágenes de las tres celebraciones.



Madrid



Barcelona



Olesa de Montserrat

Fuente: captura de imágenes de vídeos institucionales.

En los discursos y parlamentos pronunciados durante estos actos, se repiten términos como *dolor*, *reconocimiento*, *esfuerzo*, *víctimas*, *recuerdo*, *solidaridad* o *esperanza*, siguiendo un registro muy similar para este tipo de ceremonias de homenaje doble a difuntos y trabajadores esenciales. *Honrar la memoria* es una expresión de uso común en los parlamentos, como forma de citar a los fallecidos, famosos o anónimos, que el coronavirus se llevó por delante. Los términos *ejemplaridad*, *heroísmo* y *gratitud* son referidos para hablar de aquellos que atendieron a enfermos y dependientes, pero también a aquellos que permitieron el abastecimiento de los mercados. Y también se intercala un recordatorio de la necesidad de mantenerse alerta frente a una amenaza todavía presente, de la importancia de la sanidad pública o el deber colectivo de cuidarse mutuamente.

Conjurar contra el olvido parece ser la máxima que orienta y da sentido a estas celebraciones, pero, como insistía Clavandier, se trata de actos que conducen necesariamente a la superación del duelo social, y abrir el camino al posterior olvido. Esa premura por querer cerrar el dolor colectivo quedó en evidencia ante los posteriores desarrollos de

la pandemia, pero incluso el recuerdo que quiso ser fijado en el espacio de nuestras poblaciones parece marchitarse poco a poco. En la aproximación etnográfica de Rodrigo Almazán (2021) sobre la cartografía de la memoria del coronavirus en Madrid, se ponen en evidencia las ambigüedades que se presentan en esos monumentos erigidos a la memoria de los fallecidos. Así, en el pebetero de la plaza Cibeles, inaugurado en un acto oficial el 15 de mayo de 2020, se incluye la siguiente frase: «Vuestra llama nunca se apagará en nuestro corazón». Tal monumento, cuyo coste se cifró en 132.000 euros, ha sido objeto de diversos ataques vandálicos y dejó de funcionar, por lo que tuvo que ser retirado temporalmente, hasta su nueva colocación en marzo de 2022¹⁷.

Como argumentó en su momento Maurice Halbwachs (1997), toda ceremonia conmemorativa se fundamenta sobre una determinada memoria colectiva, que parte del presente para reconstruir el pasado, y que sirve para que la sociedad aleje de su memoria todo aquello que pueda servir para separar a los individuos. La reconstrucción oficial de lo que sucedió es parte del proceso de apropiación por parte del poder institucional de esa memoria colectiva, que contrasta con aquella memoria social que fue retenida por aquellos que tuvieron la experiencia del dolor ante la pérdida de sus seres queridos. Si abrimos el angular de la comparación, procesos similares han sido observados en aquellas ceremonias que vienen a rememorar las situaciones trágicas vividas por causa de atentados terroristas, como también en los procesos de memorialización del duelo colectivo en relación con el 11 de marzo de 2004 en Madrid (Sánchez Carretero, 2011) o del 13 de noviembre de 2015 en París (Gensburger y Truc, 2020). Ambos trabajos se dedican a analizar los memoriales efímeros que fueron creados de manera espontánea por parte de la ciudadanía, como forma de expresar su duelo y homenajear a las víctimas. Durante los primeros momentos de la pandemia, se pudo ver que la gente depositó ramos de flores junto a las puertas de los hospitales, colocando mensajes de dolor y esperanza. Algo parecido sucedió en los días posteriores a la inauguración de monumentos en homenaje a los difuntos, hasta que progresivamente las flores y las notas escritas a mano se marchitaban, y eran finalmente

¹⁷ Véase ABC, 2-2-2022, <<https://bit.ly/3KG1k5E>> (consulta: 5-4-2022).

retiradas. Todos estos espacios sirvieron para fijar espacialmente la expresión del duelo social.

Estos memoriales efímeros siempre han jugado un papel muy importante como vehículos de expresión de los duelos colectivos (Santino, 2006; Bazin, 2020), y, a diferencia de las ceremonias organizadas por las instituciones públicas, mostraban una intrínseca diversidad de expresiones y sentimientos, sin ataduras ni condicionantes, y sin estar sujetos a ninguna contención protocolaria. Su permanencia en el espacio público depende de una decisión de los gestores municipales, al considerarse que ya se ha cumplido un tiempo de duelo prudencial. Así fue el caso del memorial espontáneo que se creó en las Ramblas de Barcelona después de los atentados del 17 de agosto de 2017. Una selección de estos más de 12.000 objetos y documentos, al igual que los libros de condolencias digitalizados, ha sido inventariada, y puede visitarse de manera virtual a través de la web Memorial la Rambla 2017¹⁸.

El tiempo parece marcar las expresiones públicas del recuerdo. Y no solo pasa en el caso de los memoriales efímeros, sino también en las ceremonias de conmemoración que se celebran anualmente. Aquellos que hemos seguido con atención los homenajes anuales a los fallecidos del atentado terrorista en marzo de 2004 en Madrid somos conscientes de la progresiva languidez de estos. El recuerdo de lo sucedido ya no forma parte de la agenda política, y ahora ya no son las instituciones públicas las que organizan esos actos, sino las asociaciones de familiares (Truc y Bazin, 2019).

Si anteriormente he utilizado «expresiones performativas del duelo» para referirme genéricamente a estos actos, es porque, siguiendo a Paul Connerton (1989: 71), «las ceremonias conmemorativas demuestran ser conmemorativas (sólo) en la medida que son performativas». Es decir, la ceremonia quiere ser recordada, incluso por encima de la tragedia vivida que quiere ser homenajeada, y es por ello por lo que se la dota de una especial carga simbólica, retórica y trascendente respecto a la reconstrucción del vínculo social que quedó dañado. Pero, a diferencia de los rituales, que mantienen su carga expresiva en buena parte por su esperada

¹⁸ Ver <<https://www.barcelona.cat/memorialrambla17a/es/>> (consulta: 14-2-2021).

regularidad, estas ceremonias no aspiran necesariamente a reproducirse de forma permanente. Clavandier reconoce que algunas conmemoraciones dejan de celebrarse porque nadie encuentra la necesidad de convocarlas de nuevo. Elizabeth Jelin (2017) insiste en el hecho de que, puesto que el pasado es un objeto de disputa, toda conmemoración acaba siendo un momento de confrontación entre lo que se quiere recordar y lo que se quiere olvidar¹⁹. Se podría sugerir también que, más allá de las ceremonias que son organizadas por las instituciones públicas, se articulan otras memorias mucho más vinculadas con las personas que vivieron esa experiencia trágica, que no necesariamente necesitan del reconocimiento público para recordar una efeméride concreta (véase, por ejemplo, el reencuentro anual de familiares de los soldados fallecidos en el accidente del Yak-42, anteriormente citado).

5. Conclusión: ¿es posible hablar de la obsolescencia de los recuerdos?

En el proceso de memorialización de la pandemia del coronavirus en España (que en el momento de escribir este texto aún sigue estando activa), la celebración de ceremonias de homenaje a las víctimas supuso el primer paso hacia la obsolescencia del recuerdo. Es decir, debe ser recordada esta tragedia que nos ha afectado durante un lapso prolongado, pero, al mismo tiempo, se sugiere que es necesario superarla como forma de volver a una anhelada situación de normalidad. Como actos que se pensaban más para los vivos que para los muertos (lo que en sí mismo es constitutivo de toda ceremonia fúnebre), estos vinieron a representar una escenificación de la unidad frente a la adversidad, con los consabidos mensajes de que «saldremos mejor» de esta crisis y, de paso, también una forma implícita de rendir cuentas de lo sucedido (especialmente, en la tragedia vivida en las residencias sociosanitarias). Con la urgencia en que se plantearon tales conmemoraciones, quedó en evidencia la imperiosa necesidad de establecer un cierre temporal respecto a lo sucedido, e inaugurar el cami-

¹⁹ «La memoria no es el pasado, sino la manera en que los sujetos construyen un sentido del pasado, un pasado que se actualiza en su enlace con el presente y también con un futuro deseado en el acto de recordar, olvidar y silenciar» (Jelin, 2017: 15).

no hacia un futuro escenario de «nueva normalidad», que representó una entelequia sin concreción, pero que para Daniel Innerarity (2020) constituía un pilar fundamental para el impulso de la política en tiempos de incertidumbre.

Es de esperar que la denominada «fatiga pandémica» (definida por la Organización Mundial de la Salud como el cansancio derivado del agotamiento ante las prolongadas medidas y restricciones ante la pandemia del coronavirus) vaya a jugar a favor de la obsolescencia del recuerdo. No siempre es fácil recordar el infortunio. Pero, sin apenas contradecirse con este supuesto, la fijación espacial del recuerdo a las víctimas ha servido para emplazar diversos monumentos conmemorativos en lugares públicos como plazas, parques, rotondas y cementerios. Pero lo que todavía no ha sido resuelto es la fijación de la efeméride de la pandemia, quizá por la trascendencia que supone incluirla dentro del calendario oficial: ¿será el día en que falleció la primera persona por la covid-19, el homenaje del 16 de julio de 2020, el inicio de la campaña de vacunación masiva, o cualquier otra fecha?²⁰.

¿Cómo hablar de olvido y memorias abreviadas respecto a las 104.456 personas fallecidas en España por covid-19 (según el recuento oficial a 29 de abril de 2022)? En un momento en que nuestra sociedad vive una auténtica pasión memorialista, con un sinfín de iniciativas de recuperación de la memoria social y de inauguración de espacios museísticos²¹, en cumplimiento de ese «deber de memoria» expuesto por autores como Primo Levi o Elie Wiesel, ¿cómo plantear la cuestión del olvido programado con respecto a una tragedia tan reciente como ha sido la pandemia del coronavirus?

Sostiene Jelin que el olvido ocupa un lugar central en las memorias (*ibid.*: 16), para citar a continuación el breve cuento de Jorge Luis Borges «Funes el memorioso». Refiriéndose al tal Funes, se dice: «[...] sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferen-

20 De hecho, esta decisión siempre será política. En el anteproyecto de ley de la Memoria democrática, se establece el 31 de octubre como el día de recuerdo y homenaje a todas las víctimas de la Guerra Civil y de la dictadura franquista. Véase <<https://www.lamoncloa.gob.es/consejodeministros/referencias/documents/2020/refc20200915.pdf>> (consulta: 16-9-2020).

21 Véase el texto de Xavier Roigé incluido en este número temático.

cias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles»²². La memoria es resultado de un proceso de selección, de priorización y de abreviación, que acaba siendo resultado de esa disputa entre actores implicados, lo que es una prueba de la historicidad que se encuentra en la construcción de las memorias dominantes (y de su consiguiente uso —y abuso— en el presente, como nos recuerda Jelin). Esta podría ser una interpretación contextualista, en la que se tienen presentes las disputas existentes entre diferentes actores sociales y políticos, que pugnan para modelar la memoria de acuerdo con sus posicionamientos en el presente. Así, la memoria se entiende como un elemento constitutivo de las sociedades democráticas, que deben mostrar su empatía hacia aquel pasado del que son fruto. Nadie niega el deber moral hacia la memoria, pero cada actor propone su manera de recordarla.

Paul Connerton (2009; 2011) plantea una singular argumentación con respecto al olvido en las sociedades modernas. Yendo más allá del argumento que muestra la memoria como virtud y el olvido como derrota, plantea que la modernidad tiene un particular problema con el olvido. La modernidad no tiene el monopolio de la amnesia cultural, que en diferentes formas también se encuentra presente en otras sociedades. Si hemos de hablar de olvido, lo primero será saber cómo las sociedades modernas recuerdan. Y los dos principales recursos de la memoria son los lugares y los cuerpos: «[...] el primero depende esencialmente de un sistema estable de lugares. El otro es que el recuerdo se relaciona implícitamente con el cuerpo humano y que los actos de memoria se conciben como algo que tiene lugar a escala humana» (Connerton, 2009: 5). Según este autor, los procesos que separan la vida social de los principios de localidad y de dimensión humana (como la aceleración de la vida, las megaciudades inabarcables desde la dimensión humana, el consumismo desvinculado del proceso de producción, o la efímera arquitectura urbana, entre otros) provocan la pérdida de una vida a escala humana definida por las relaciones sociales y laborales que eran conocidas hasta ahora. Y esa pérdida supone, en primer término, el abandono de las memorias sociales compartidas y su continua erosión en los espacios de la modernidad.

22 Incluido en Jorge Luis Borges (1993), *Artificios*. Madrid: Alianza.

Connerton (2011) propone siete tipos de olvido. Los tres primeros los valora positivamente, pues son el resultado de acuerdos o convenios que facilitan el reforzamiento de los vínculos sociales (como serían el olvido prescriptivo —como forma de evitar la perpetuación del conflicto—, el constitutivo de una nueva identidad —como manera de constituir patrones de pertenencia— y la anulación —como respuesta a un exceso de información—), mientras que las otras cuatro formas son resultado de un proceso coercitivo (como el borrado represivo —propio del ejercicio de los Estados totalitarios—, la amnesia estructural —que supone solo recordar aquellos recuerdos que son socialmente significativos, y ocultar otros menos memorables—, la obsolescencia planificada —en los términos del sistema capitalista de consumo de objetos cuya duración ya está planificada— y la humillación silenciosa —que quizá sea la más difícil de olvidar, dada la experiencia vivida, pero que en ocasiones parece ser un imperativo para seguir viviendo). La propuesta de Connerton podría definirse en términos estructurales, al dar por hecho de que la práctica del olvido forma parte de las sociedades modernas, que tienen que establecer un equilibrio entre la necesidad planteada por Friedrich Nietzsche, según la cual la vida humana es absolutamente imposible sin el olvido, y el recordatorio de Milan Kundera de que la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido.

Tiene cierta lógica argumentar que la muerte colectiva no puede estar contaminando permanentemente la vida social. Y quizá lo que cabría pensar es en las maneras en que la sociedad ha de mantener la vigencia de los recuerdos, tanto de los sucesos trágicos como de los difuntos. Y para evitar que la memoria social sea construida y mantenida desde los ámbitos de poder, recordemos lo que dice Delphine Horvilleur (*Vivir con nuestros muertos*, Libros del Asteroide, 2022): «En un duelo colectivo o nacional siempre se les confisca algo a las familias».

Bibliografía citada

- ALMAZÁN, R. (2021). *Espacios de memoria de la pandemia del coronavirus en la ciudad de Madrid* (trabajo de final del Máster en Antropología Urbana, Migraciones e Intervención Social-URV).
- ARIAS MALDONADO, M. (2020). *Desde las ruinas del futuro. Teoría política de la pandemia*. Madrid: Taurus.
- BAZIN, M. (2020). «Dans la rue : des mémoriaux éphémères pour dire le deuil». En F. FAUCHER y G. Truc (eds.). *Face aux attentats* (pp. 23-35). Paris: PUF.
- BLUME, L. (ed.) (2021). *Pandemia. Miradas de una tragedia*. Barcelona: Blume.
- BOISSON, M. (2020). *Mourir en moderne. Une sociologie de la délégation* (tesis doctoral). EHSS-Paris.
- CLAVANDIER, G. (2013). *La mort collective. Pour une sociologie des catastrophes*. Paris: CNRS.
- COLOMER, L. y SCHMITT, E. (2021). «Mapping people's response to COVID19. Conferencia presentada en el seminario *Critical Heritage and Place Consumption*, University of Lincoln (UK)». <<https://www.youtube.com/watch?v=hqcXSwc5HAg&t=19s>>.
- CONNERTON, P. (1989). *How societies remember*. London: Cambridge University Press.
- CONNERTON, P. (2009). *How modernity forgets*. London: Cambridge University Press.
- CONNERTON, P. (2011). *The Spirit of Mourning. History, Memory and the Body*. London: Cambridge University Press.
- DALRYMPLE, T. (2016). *Sentimentalismo tóxico. Cómo el culto a la emoción pública está corroyendo nuestra sociedad*. Madrid: Alianza.
- DOKA, K. J. (1989). *Disenfranchised Grief: Recognizing Hidden Sorrow*. Lexington: Lexington Books.
- ELIAS, N. (1987). *La soledad de los moribundos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GENSBURGER, S. y TRUC, G. (dirs.) (2020). *Les mémoriaux du 13 novembre*. Paris: Éditions de l'EHESS.

- HALBWACHS, M. (1997). *La mémoire collective*. Paris: Albin Michel (edición original de 1950).
- ILLOUZ, E. (2014). *El futuro del alma. La creación de estándares emocionales*. Barcelona: CCCB-Katz.
- INNERARITY, D. (2020). *Pandemocracia*. Barcelona: Galaxia Guttenberg.
- JELIN, E. (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LACROIX, M. (2005). *El culte a l'emoció. Atrapats en un món d'emocions sense sentiments*. Barcelona: a Campana.
- LEE, S. A. y NEIMEYER, R. A. (2022). «Pandemic Grief Scale: A screening tool for dysfunctional grief due to a COVID-19 loss». *Death Studies*, 46 (1), 14-24. doi: 10.1080/07481187.2020.1853885.
- McAFEE C. A. y JORDAN, T. et alii (2022). «COVID-19 brings a new urgency for advance care planning: Implications of death education». *Death Studies*, 46 (1), 91-96. doi: 10.1080/07481187.2020.1821262.
- MORAL, D.; GIL TÉBAR, P.; SOLÉ, A.; TARRÉS, S. y MORERAS, J. (2020). «La soledad de los difuntos». En S. EVANGELIDOU y Á. MARTÍNEZ-HERNÁEZ (eds.). *RESET: Reflexiones antropológicas ante la pandemia de COVID-19* (pp. 133-135). Tarragona: Publicacions Universitat Rovira i Virgili.
- MORERAS, J. (ed.) (2023). «Facing the Collective Death. The Funeral Services in Pandemic Times». *Revista Internacional de Organizaciones* (número temático), 30.
- MORERAS, J. y MORAL, D. (2020). De la conmoción a la conmemoración. *Sociología en cuarentena*, 22 de julio de 2020, <<https://sociologiaencuarentena.tumblr.com/post/624328007446822912/de-la-conmoci%C3%B3n-a-la-conmemoraci%C3%B3n>>.
- MORERAS, J.; TARRÉS, S.; MORAL, D.; GIL TÉBAR, P. y SOLÉ, A. (2021). Muerte colectiva y covid-19: apuntes para el debate. *Revista Andaluza de Antropología*, 19, 109-116.
- MORERAS, J. y SOLÉ, A. (2018). Cossos sense repòs. Una proposta d'anàlisi de la mobilitat 'post mortem'. *Revista d'Etnologia de Catalunya*, 43 (desembre), 110-126.
- PENTARIS, P. (ed.) (2021). *Death, Grief and Loss in the Context of COVID-19*. London: Routledge.

- SÁNCHEZ CARRETERO, C. (coord.) (2011). *El archivo del duelo. Análisis de la respuesta ciudadana ante los atentados del 11 de marzo en Madrid*. Madrid: Centro Superior de Investigaciones Científicas.
- SANTINO, J. (ed.) (2006). *Spontaneous shrines and the public memorialization of death*. London: Palgrave Macmillan.
- SCHMITT, E. y COLOMER, L. (2021). «Covid-19 memorials: How people around the world are remembering those who have died». *Science Norway*, January 17. <<https://sciencenorway.no/covid19-history-researchers-zone/covid-19-memorials-how-people-around-the-world-are-remembering-those-who-have-died/1798348>>
- SIMPSON, N.; ANGLAND, M.; BHOGAL, J. K. *et alii* (2021). «'Good' and 'Bad' deaths during the COVID-19 pandemic: insights from a rapid qualitative study». *BMJ Global Health*, 6, e005509. doi: 10.1136/bmjgh-2021-005509.
- SOLER, L. (2019). *El arte de emocionarse. La servidumbre de los sentimientos en la época de lo cool*. Madrid: Alfabeto.
- TROMPETTE, P. y POTIER, V. (2020). *Le funéraire, une autre « première ligne »*. Grenoble: PUG.
- TRUC, G. y BAZIN, M. (2019). «Les gardiens de la mémoire: mobilisations et conflits d'appropriation autour de mémoriaux post-attentats à Madrid, Londres et Paris». *Ethnologie Française*, 49 (1), 63-75.